

## Aguacero tinto

El verano del año 1172 la sequía fue terrible en Requena. El vecino río Cabriel se había secado, y el Magro apenas era un fino cordón de agua que se retorció entre barrancas y ramblas. En el lodo de la cuenca seca los peces boqueaban en los últimos charcos.

Isabela contemplaba su aldea, El Azagador, desde el promontorio sobre la llanura. Las vides amarilleaban bajo el sol de agosto, y los racimos lucían míseros y entecos. Todo el pueblo estaba preparado para la vendimia, esperando la lluvia milagrosa que engordara la uva y le diera un último toque de azúcar.

Pero la sequía no era el único problema en El Azagador. Ibn Mardanis, el sabio gobernador almorávide de Valencia, había fallecido. La ciudad había depuesto su resistencia a los almohades, el pueblo musulmán más estricto en sus creencias. Entre las aldeas de la comarca corría el rumor de que estaban ajusticiando a los mozárabes productores de vino, prohibido por Alá, y que Khaled el Ejecutor cabalgaba con su séquito hacia Requena.

Gonzalo, de Los Ochandos, abrazó por la espalda a Isabela y apoyó la cabeza en su hombro. Miraron hacia los caminos de la llanura haciéndose sombra con la mano en la frente. “Ya vienen, Isabela”—dijo.

Allá a lo lejos, en el camino del Este, se veía la nube de polvo de la temible comitiva que se acercaba.

—¿Tenemos que hacerlo, Gonzalo? ¿Y de qué vivirán nuestras familias después? Nadie quiere tantas uvas—Isabela se volvió y lo miró con sus ojos negros y profundos. Lo agarró del brazo—Moriremos de hambre.

—Por lo menos hasta entonces seguiremos vivos.

Isabela y Gonzalo se besaron. Prolongaron su abrazo por el miedo a que fuera el último, hasta que un trueno retumbó al oeste, al final de la llanura. Se volvieron sobresaltados. Una gran nube gris oscura, corpórea, densa, se acercaba dejando caer espadas sobre el campo. Más allá, las colinas se veían desdibujadas por el aguacero.

—Por fin la lluvia, Gonzalo...

—Engordará la cosecha de este año. Pero ahora tenemos que deshacernos del vino. Vamos.

Se separaron, dejando que sus manos se tocaran un último instante. Desataron a los caballos y partieron al galope, Isabela río abajo hacia una barranca para interceptar a Khaled, Gonzalo remontando el Magro hacia Los Ochandos. Sus hermanos y los siervos de la familia le salieron al paso a la entrada, ansiosos por conocer noticias.

—¡Viene Khaled! ¡Viene Khaled! ¡Rápido, a las bodegas!—Les gritó, soltando los pies del estribo y desmontando. Un trueno no permitió que se escuchara la última palabra, pero ya todos bajaban por las escaleras del subterráneo donde ocultaban los toneles de vino. Por fin, tras tantos meses, comenzó a llover.

El aguacero repiqueteaba con fuerza sobre el techo de madera. Gonzalo cogió un pico y en dos golpes abrió un boquete en la pared que daba al cauce del Magro. Ya venía crecido. “¡Ahora!”—gritó.

A su señal, todos los siervos golpearon las barricas con rastrillos, martillos y yunques, para después volcarlas. Cientos de litros de vino manaron hacia el río que ya amenazaba con desbordarse. Sus aguas se tiñeron de granate. La crecida comenzó a formar una ola que avanzaba imparable apoyándose en las paredes del lecho.

En El Azagador, algo más abajo en el curso del río, volcaban también las barricas, y una nueva marea tinta salió al paso del torrente, que seguía creciendo en tamaño y en violencia.

Mientras tanto, en los límites de la comarca, Isabela esperaba a Khaled y a su séquito sobre la cima de un talud. La tormenta no había llegado todavía, aunque ya los pájaros comenzaban a refugiarse en los árboles y a piar inquietos. El viento cambiaba constantemente de dirección y traía el olor a tierra mojada.

Doblando al galope un recodo del camino apareció la comitiva. Todos vestían de azul oscuro, salvo quien encabezaba la marcha, cuya túnica era carmesí. La cinta que sujetaba su turbante al cuello también le tapaba la boca y parte de la nariz. Solo se veía un círculo de piel muy oscura alrededor de sus ojos negros.

—¿Quién va?— Gritó Isabela desde lo alto del talud. Había descabalgado y sujetaba al caballo por las riendas. La comitiva miró hacia arriba y detuvo su marcha.

—Salam Alaikum. Soy Khaled, siervo del gobernador de esta Taifa. Alá, que es grande, le ha pedido que haga guardar sus preceptos en esta comarca — Los caballos estaban inquietos por la proximidad de la tormenta, y se agitaban y piafaban. — ¿Cumples tú, campesina mozárabe, todos Sus designios?— Empezó a bajar del caballo, lentamente. El resto de jinetes lo imitaron. Entre los pliegues de sus túnicas asomaban las cimitarras.

—Soy Isabela Ruiz, de El Azagador. Somos una humilde familia que cultiva la uva y producimos pasas y mosto. Los mozárabes estamos entre los pueblos de El Libro y nada de lo que hacemos es ingrato a los ojos de Alá— Isabela dejó el borde del talud y retrocedió unos pasos hacia el estribo de su montura.

—Maldita infiel, vendes bebidas embriagadoras prohibidas por Alá... ¡Cazadla!— Los seis almohades desenvainaron y se lanzaron hacia el terraplén. Isabela montó en su caballo de un salto. El cielo se había llenado de nubarrones negros y la poca luz que pasaba a través de ellos le daba a la tierra un color sepia, irreal.

En ese momento un rayo cayó en un árbol muy cercano e inmediatamente el trueno descargó toda su potencia. El caballo se encabritó por el estruendo y se levantó de manos. Isabela se aferró con brazos y talones a la montura.

Los asesinos se detuvieron aterrorizados a mitad del talud, y entonces la gigantesca ola se alzó sobre ellos. Levantaron la vista, todavía aferrados a la roca, para ver cómo se les venía encima la riada de agua, peces, terrones y vides arrancadas, tintados de color cereza oscuro. El agua los arrastró.

El gobernador almohade entendió la muerte de sus ejecutores como una señal de Alá y nunca volvió a la comarca de Requena, donde se pudo mantener la tradición vinatera.